

STANISŁAW LEM

EL CASTILLO ALTO

TRADUCCIÓN DE ANDRZEJ KOVALSKI



Prólogo

AHORA VEO CÓMO ME APARTÉ DEL OBJETIVO que me había fijado al empezar este libro. Me propuse encomendarle la tarea a mi memoria, dándole rienda suelta y siguiéndola obedientemente. Me basé en la teoría de que si la mente preserva, entonces lo que preserva vale la pena ser preservado. Tal vez esperaba que mis diseminados recuerdos, como fragmentos dispersos de un caleidoscopio roto, se ordenaran finalmente formando un modelo. Y si no un modelo, sí multitud de modelos interconectados que pudieran ordenarse de formas diversas, aunque fuese de un modo primitivo y provisional. De este modo no estaría abreviando demasiado ni condensando mi infancia, que ahora es para mí sólo

una abstracción —aunque mi infancia ocupara más de una docena de calendarios recorridos día a día, tanto en blanco como en rojo—, estaría dibujando más que recapitulando con ese método un retrato de la propia memoria. La memoria, que no es un receptáculo completamente independiente de mí, completamente inanimado, es el almacén del alma, con sus innumerables recovecos y pequeños armarios; pero por otra parte tampoco yo soy la memoria. No lo soy porque ella tiene su autonomía: no es receptiva donde yo lo soy, no es indiferente cuando yo lo soy, pues a menudo falla al retener lo que a mí me interesa, mientras retiene lo que poco me importa. Y por tanto quise que mi memoria (y no yo) ofreciera el testimonio, revelando a su vez lo que mi propia memoria es.

Este libro iba a ser un experimento cuyos resultados esperaba con curiosidad, como si no fuera yo quien hablara solamente, sino las imágenes y anécdotas narradas por la voz de un extraño. Un extraño que, tal como ocurrió, se agazapó en mi interior de la misma forma en que los anillos interiores del tronco de un árbol —los días de mi infancia y juventud— se ocultan tras los últimos anillos y cortezas de la madurez: el joven arbolito de hace muchas décadas contenido en el árbol de hoy.

De hecho, no recuerdo cuándo experimenté por primera vez la sorpresa de existir en el mundo, sorpresa acompañada de cierto temor a no haber existido, a que pudiera haber sido un tronco, o un diente de león, o la pata de una cabra... o un caracol. O incluso una piedra. A veces se me antoja que eso sucedió antes de la guerra y, por lo tanto, a lo largo de ese periodo, pero no lo tengo demasiado claro. En cualquier caso, el sentimiento de sorpresa no iba a abandonarme nunca, aunque no llegara a ser una obsesión. Me visitaría de varias formas, y yo reaccionaría de otras muchas. A veces desechándolo como un sinsentido, algo de lo que avergonzarse, como una deformidad. Y este interrogante me fascinaba: ¿por qué entran en mi mente éstos y no otros pensamientos, y quién los gobierna y los dirige?

Llegué a estar convencido de que mi alma —o, mejor dicho, mi conciencia— se encontraba cuatro o cinco centímetros por debajo de mi rostro, detrás de la nariz y un poco debajo de los ojos. No tengo ni idea de por qué. Debe de tratarse de una suerte de «prefilosofía», como ocurrió al principio de mi vida, cuando hubo un «prepensamiento», que también intenté revolver en la bolsa de mi memoria. Pero eso debía ocurrir por sí solo, ya que mi trabajo consistía únicamente en centrarme en el pasado, en tanto re-

volvía en la bolsa metafórica. No funcionó. Rememorando tanto lo que quería como lo que no, impuse simultáneamente un orden sobre lo recordado, un orden que me delataba, a mi yo de hoy, el llamado hombre de letras; esto es, un adulto inmerso en una de las profesiones menos serias y más molestas que pueden existir: un tremendo esfuerzo mental para aportar varios nombres altisonantes que nada significan, como «el laboratorio del escritor». Personalmente yo no tengo ese laboratorio, o en cualquier caso no me he dado cuenta. Pero cayera lo que cayera de mi bolsa de la memoria, se le daba de inmediato un rumbo, aunque fuera sutil. No hablo de deshonestidad ni de alteraciones voluntarias. No. Sino de algo espontáneo, inconsciente. Y no son excusas.

Únicamente ahora veo, a posteriori, cual detective tras las huellas de un crimen en el que se utilizaron juegos de manos para falsear el hecho incluso de que se hubiese modificado algo y se me señalase a mí, sólo ahora veo, digo, la flecha que apunta hacia mí a lo largo de un cuarto de siglo. Lo que aún es más extraño es que nunca pensé en mí como en un «escritor nato», que aquello era *hocerat in votis*. Sigo creyendo que no lo soy. En esa infancia y en la búsqueda desordenada que tras ella quedó, tuvo que haber muchos callejones sin salida.

O tal vez no hubo caminos, sino pequeñas islas separadas entre sí en el espacio y en el tiempo; no un caos completo, pues al final siempre hay un hogar, una escuela, unos padres, o el hecho de que cuando era muy pequeño me pusiese una «rama verde» en la nariz y la llevara después, una rama más grande, en el propio uniforme de la escuela; por lo tanto existía un orden. Pero un orden en el que puedes ver, como en un tablero de ajedrez vacío, las casillas negras y blancas que van en vertical, en horizontal o en diagonal. Un ligero esfuerzo con la vista y das con la estructura que deseas. El tablero de ajedrez continúa siendo un tablero de ajedrez, y no ves más allá de lo que realmente hay —una alternancia de casillas en blanco y negro—, aunque la perspectiva y la orientación puedan cambiar de repente.

Algo parecido, creo, ocurrió con el tablero de ajedrez de la memoria aquí abierto. No le añadí nada, pero de entre todos los patrones posibles opté por uno. ¿Acaso es porque buscamos automáticamente un argumento vital, una lógica fundamental? ¿Con el fin de no reconocer que muchos de esos caminos se abandonaron y otras tantas oportunidades se desaprovecharon? ¿O tal vez queremos que todo tenga sentido, lo pasado y lo presente, aunque no lo tenga? Como si no pudiéramos vivir la vida sin analizarla. En el caso de

los adultos, no aceptamos una existencia amorfa y vana. ¿Pero y los niños?

Desearía dejar hablar al niño, retroceder sin llegar a interferir, pero en vez de eso lo exploto, le robo, le vació los bolsillos, sus notas, sus dibujos, para mostrar a los adultos qué promesas cumplió y cómo incluso sus defectos fueron virtudes en estado embrionario. Convertí mi robo en una atractiva señal de tráfico, casi en toda una autopista. Y por ello escribí otro libro, como si no hubiera sabido desde el principio, como si no hubiera sospechado que difícilmente hubiera podido ser de otra manera; que todos los intentos de componer los recuerdos según un estricto protocolo y sin comentarios son una mera ilusión. Comenté, interpreté, hablé demasiado. Y hablé de secretos y de juguetes que no eran míos —pues ya no tenía secretos ni juguetes—, y cavé una tumba para ese jovencito... y lo enterré. Una tumba meticulosa, precisa, como si hubiera escrito sobre alguien inventado, alguien que nunca vivió, cuya voluntad y designios podrían labrarse según las reglas de la estética. No jugué limpio. A un niño no se le trata así.

Capítulo 1

¿RECUERDAS EL INVENTARIO DE COSAS MISTERIOSAS que los liliputienses encontraron en los bolsillos de Gulliver? Entre ellas había un peine que podía usarse de valla, un enorme reloj de bolsillo que emitía un molesto sonido a intervalos regulares, y muchos otros objetos de uso incierto. Una vez yo también fui liliputiense. El modo en que llegué a conocer a mi padre fue trepando sobre él cuando se recostaba en su butaca. De su traje de gala negro podía revolver sólo los bolsillos a los que tenía acceso. Su traje olía tanto a tabaco como a hospital. El bolsillo izquierdo de la chaqueta contenía un cilindro metálico que parecía un cartucho de caza mayor. El cilindro, al desenroscarse, mostraba una serie de embudos niquelados contenidos uno

dentro de otro. Se trataba de espéculos. En el bolsillo contiguo encontré un lápiz. Tenía una arandela dorada. Al apretar con una fuerza mayor de la que podía, al hacer clic, aparecía más trozo del lápiz. En el bolsillo de la levita guardaba una caja de metal que se abría con un chasquido amenazador, poseía un forro de terciopelo que contenía una minúscula bala con un parche de gamuza desplegable al accionar un botoncito. Había también una cajita de plata con un broche en la tapa; y dentro, una pieza de plata unida a la base por una goma elástica, de color violeta oscuro. Si la tocabas te manchabas los dedos de tinta. En el otro bolsillo de la levita de mi padre había un espejo redondo con un agujero en el centro, roto, con banda elástica y hebilla. El espejo me hacía la cara enorme y convertía mi ojo en un estanque donde el iris flotaba como un enorme pez marrón, y mis pestañas se convertían en los juncos de la orilla. A lo ancho del chaleco había una cadena de oro anclada a un lado; aguantaba un reloj, también de oro, con tres compartimentos. El reloj tenía números romanos y una pequeña manecilla segundera. Yo no era capaz, pese a intentarlo una y otra vez, de lograr abrir la tapa, bajo la que habitaban unas ruedecillas con ojos de rubí que brillaban en su movimiento.

Así, tan de cerca, llegué a conocer a mi padre. Vestía camisas blancas a rayas negras muy finas, los puños de las mangas

de la camisa abrochados por finos gemelos, y un cuello rígido sujeto con botones. Encontré muchos de esos cuellos viejos en nuestros cajones de la ropa sucia. Disfrutaba tocándolos; esa mezcla de rigidez y flexibilidad me daba el vago indicio de que algo útil e interesante se podía obtener de ellos. La corbata de mi padre era de textura suave y de color negro; parecía un fajín y se la ataba a la inglesa, como una bufanda. Su sombrero tenía una ancha ala blanda y una banda de goma que lo mantenía rígido, y con la que obtenía unos crujiditos perfectos. Por la casa había un par de bastones. De los dos, uno solía perderse; eran piezas ordinarias, pero mi tío tenía uno especialmente interesante, con un mango de plata en forma de cabeza de caballo. Una persona muy mayor, que se movía con mucha dificultad y que nos visitaba a veces, usaba también otro tipo de bastón, uno con un pomo de marfil. No conseguí nunca fijarme demasiado, pues cuando venía yo me escondía aterrorizado por su forma de respirar. Nunca me di cuenta de que no trataba de asustarme. Era algún tío o pariente lejano, aunque a mí nunca me lo pareciera.

Vivíamos en el segundo piso del número cuatro de la calle Brajerska. Mi padre y yo paseábamos por el Jardín de los Jesuitas o por la avenida Mickiewicz en dirección a la iglesia ortodoxa de San Jur. No sé por qué llevaba bastón mi padre si

nunca se apoyaba en él. En las mañanas de invierno, cuando había demasiada nieve en el jardín, deambulábamos arriba y abajo por la calle Marszalkowska frente a la Universidad de Jan Casimir, y yo estiraba el cuello para clavar los ojos sobre las enormes figuras de piedra semidesnudas tocadas con curiosos sombreros también de piedra. Inmóviles, interpretaban tareas misteriosas: una sentada; otra aguantando un libro abierto apoyado sobre las rodillas desnudas. Estirar constantemente el cuello resultaba agotador, por lo que sobre todo contemplaba las cosas que pasaban a la altura de la rodilla de mi padre. Una vez me percaté de que él no calzaba los habituales zapatos de cordones, sino otros muy distintos, unos zapatos finos y sin cordones. Las polainas, que siempre llevaba, también habían desaparecido. Le pregunté sorprendido: «¿De dónde has sacado estos zapatos tan extraños?». Y me llegó una voz desde arriba: «¡Qué grosería!». No era mi padre, sino un completo desconocido al que me había arrimado sin saber cómo. Mi padre caminaba una docena de pasos por detrás. Yo estaba aterrizado. Debió de ser una experiencia inusual y del todo desagradable para que la recuerde tan bien.

El Jardín de los Jesuitas no era especialmente grande y, sin embargo, una vez me las apañé para perderme. Aunque eso ocurrió hace mucho tiempo, y siendo yo tan niño no

estoy seguro de recordar el suceso o de haberlo oído en boca de alguien.

Entre unos altos arbustos, tal vez avellanos, pues tenían ramas rojizas, había un enorme barril lleno de agua. Hace treinta años lo utilicé en un relato, «El jardín de la oscuridad». Con todo, el Jardín de los Jesuitas no me atraía en absoluto comparado con el Parque Stryjski, porque tenía un pequeño lago en forma de ocho, y a la derecha del Parque había un camino que llevaba al fin del mundo. Era tal vez porque nadie se había aventurado por él, no lo sé. O tal vez porque alguien me lo dijera, a menos de que me lo inventara yo mismo y me lo creyera. El Parque Stryjski tenía una complicada topografía y además estaba asombrosamente cerca de los campos de exposiciones del Este. En invierno y en verano, el parque estaba presidido por la Torre Baczewski, una estructura rectangular cuyas paredes estaban decoradas con botellas coloreadas. Yo pregunté si aquellas botellas estaban llenas de licor de verdad o sólo con colorante, pero nadie parecía saberlo.

Solíamos ir al Parque Stryjski en *droszky*,¹ y al Jardín de

1.- *Droszky*: carruaje abierto con cuatro ruedas tirado por dos o más caballos (antiguamente usado en especial en Rusia y Polonia). (*N. del T.*)

los Jesuitas a pie, aunque era una pena porque delante de la Universidad la carretera estaba pavimentada con traviesas de madera especiales que, bajo los cascos de los caballos, producían un sonido como si por debajo se abriera un gran espacio hueco. No es que no disfrutara caminando por el Jardín de los Jesuitas. En la entrada permanecía sentado un hombre con una rueda de la fortuna. Algunas veces me las arreglaba para ganar una pitillera con cintas amarillas en su interior que mantenían alineados los cigarrillos, pero casi siempre ganaba un espejo de bolsillo de doble cara. Había también carros de helados, pero no me dejaban comer ninguno. Cuando me hice un poco más mayor buscaba a Anusia, una dulce viejecita no mucho más alta que yo. Llevaba gafas con montura de alambre y un cesto con rosquillas. Costaban cinco *groszy* dos rosquillas, y mis preferidas, las duras, un billete de cinco cada una. Por algún motivo una moneda de diez *groszy* se llamaba «una de seis», y eso era mucho dinero.

Desde el Jardín de los Jesuitas podíamos ir directos hacia casa, o bien pasar por la plaza Smolka, con la estatua de Smolka en el centro, para hacer una parada en Orenstein y comprar fruta o una lata de compota de cerezas, un festín excepcional. En el escaparate de Orenstein siempre había